

SUPLEMENTO SOBRE EDUCACIÓN SUPERIOR

Milenio 8 de octubre de 2020

Repensando la universidad de la pospandemia

Francisco Marmolejo

Asesor de Educación de Qatar Foundation. Tendencias globales en educación superior.

Hoy se cuestionan estudiantes si la incapacidad de asistir a los campus universitarios les está coartando la posibilidad de una verdadera formación y de la necesaria socialización con sus pares, los docentes si la interacción en el salón de clases es sustituible por una pantalla o si es posible realmente evaluar el aprendizaje a distancia, los investigadores si podrán continuar el ritmo de su trabajo científico debido al limitado acceso a sus laboratorios, los padres de familia si es correcto pagar las mismas colegiaturas dado que los estudiantes no están accediendo a la totalidad de los servicios universitarios, las autoridades institucionales si pueden mantener a flote las universidades en tan extraordinarias circunstancias y debido a los brutales descensos en ingresos, los empleadores si los egresados de las universidades contarán con las habilidades necesarias para una nueva realidad compleja y también las autoridades gubernamentales se preguntan si las universidades merecen trato diferencial ante la urgencia de atender múltiples prioridades en el contexto de la masiva contracción económica que afecta a prácticamente todas las economías del planeta.

La paradoja es que las universidades y su aporte son más importantes que nunca. Gracias al conocimiento generado y compartido por los investigadores es que se está pudiendo avanzar rápidamente en encontrar soluciones epidemiológicas contra el virus covid-19, toda vez que el aporte de los egresados universitarios es pieza fundamental en la capacidad de mantener de una o de otra forma la marcha de la economía a nivel global, y no es necesario explicar el trabajo heroico.

Los tiempos turbulentos e inéditos que la humanidad ha presenciado en meses recientes han resultado en un cuestionamiento general del personal médico y sanitario formado en las universidades que ha estado al frente del desafío por la pandemia.

No obstante, la reciente crisis ha demostrado entre otras cosas que, en general, las instituciones de educación superior no estaban lo suficientemente preparadas para responder a una contingencia de tal magnitud, que su entorno de operación es mucho más frágil de lo que se imaginaban y que la transición a la enseñanza remota no ha sido tan tersa como se pudiera asumir. Múltiples estudios y observaciones recientes documentan el hastío, ansiedad e incertidumbre que el nuevo entorno de aprendizaje provoca tanto en estudiantes como en profesores, toda vez que, a pesar de los esfuerzos y la fanfarria que se hace al respecto, en realidad solo un magro 60 por ciento de los estudiantes de educación superior a nivel global han podido continuar sus estudios con cierta regularidad, fundamentalmente debido a las significativas brechas digitales, lo cual ya representa un desafortunado déficit de aprendizaje que difícilmente podrá ser resarcido en el futuro. Al mismo tiempo, no podemos desdeñar la enorme oportunidad que la pandemia ha representado para aprender rápidamente sobre lo que funciona en la operación de las universidades y también sobre aquello que no tiene tanta relevancia como a veces nos empeñamos en insistir.

No olvidemos que estamos viviendo el más grande experimento social que jamás se haya tenido en la historia contemporánea de la educación, en el que los estudiantes rápidamente han tenido que adaptarse al autoaprendizaje y en el que los docentes han tenido que volverse aprendices y adoptar con inimaginable prontitud pedagogías digitales para las que se habían resistido por años.

El extraordinario momento que se vive abre una oportunidad única para replantearse y seriamente cuestionarse tradicionales supuestos acerca de la educación superior que en condiciones normales no los consideraríamos tan críticos

o que se prefiriera no discutir por ser “políticamente incorrectos” o de trascendencia menor.

Se ha dicho hasta el cansancio, por ejemplo, que la movilidad es un sinónimo de internacionalización; hoy tenemos más certeza que nunca que tal supuesto es erróneo o, cuando menos, incompleto y elitista de naturaleza dado que sólo beneficia a menos de uno por ciento del estudiantado. También se ha insistido que los ranking son de importancia fundamental para diferenciar la calidad de las universidades; hoy observamos que la relevancia del quehacer universitario va mucho más allá que sus mediciones distorsionadas y parciales. Se ha visto en años recientes una tendencia a incrementar contenidos y cargas académicas a las carreras universitarias con poca consideración sobre las necesidades y realidades de un entorno complejo y cambiante, o a reforzar la endogamia académica, o a resistirse a impulsar cambios de fondo en una gobernanza de las instituciones y de los sistemas de educación superior arcaica y anquilosada.

Hay mucho por hacer e, indudablemente, la crisis provocada por la pandemia es una oportunidad única para repensar nuestros paradigmas sobre la educación superior y para atrevernos a reimaginar y, de ser necesario, reconstruir la educación superior. Es un imperativo que adquiere magnitud de urgencia e importancia. No atenderlo es condenar nuestras universidades a la marginalidad y mediocridad.

Aquellas instituciones que tomen medidas en esta dirección indudablemente saldrán fortalecidas y podrán enfrentar de mejor manera los retos que un futuro incierto, complejo y cambiante les presentarán. ¿Estamos dispuestos?